

JAVIER OCAMPO SALAZAR (Pereira, 1935- Bogotá, 2018)

SE NOS FUE UN HOMBRE DIGNO, NOBLE, ALEGRE Y COHERENTE

RENAN VEGA CANTOR

“Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. [...] Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos [...] arden de vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca se enciende”.

Eduardo Galeano

"El único valor que considero revolucionario es la bondad, que es lo único que cuenta".

José Saramago

En la media noche del lunes 20 de agosto se apagó la vida de Javier Ocampo Salazar, luchador social anticapitalista, comunista convencido, revolucionario de toda la vida. Para quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo, de compartir con él importantes momentos de nuestra existencia y, sobre todo, de aprender de su ejemplo de coraje, humildad, constancia, dignidad y coherencia nos va a hacer mucha falta su presencia festiva y alegre. Nos queda el consuelo de haber compartido con él durante muchos años distintos avatares de nuestra vida y de nuestra lucha y constatar que Javier ha muerto con dignidad, sin renunciar a ninguno de sus principios y creencias fundamentales, cerrando el ciclo de su existencia de la mejor manera: siendo fiel, consecuente y coherente con lo que siempre predicó y por lo que luchó en distintos escenarios de la geografía colombiana e incluso más allá. Javier no traficó con sus concepciones, ni se plegó al poder ni a las clases dominantes, algo tan común en nuestro medio. En estas breves notas quiero evocar algunos momentos de su vida



Foto: Cortesía de Diego Salazar Jaramillo

1

Javier Ocampo nació en Pereira el 4 de julio de 1935, ciudad que por entonces pertenecía al Departamento de Caldas. Nació en el mismo año, a escasos diez días para ser más precisos, de la fecha en que en un trágico accidente de aviación murió Carlos Gardel. Y evocamos este hecho porque él mismo nos lo recordaba constantemente y porque además Javier era un notable cantante de tango, que se sabía de memoria las letras de decenas y decenas de tangos, como tuve ocasión de escucharlo y deleitarme en numerosas ocasiones. Entre sus tangos favoritos se encontraba *Cambalache*. Javier era como *El Cantor de Tango*, el personaje central de la novela de Tomas Eloy Martínez, que tenía una voz potente y poderosa, pero que nadie conocía porque él no solía cantar en público, sino en grupos pequeños. Como en el protagonista de la obra del escritor argentino, en la voz de Javier, cuando cantaba tangos, fluía “un pasado que no estaba muerto, como no puede estar muerto lo que sólo ha desaparecido, permanece y dura. El pasado de aquella tarde se mantenía, tenaz, en el presente, mientras él lo cantaba: era el ruiseñor, la alondra del principio del mundo, la madre de todos los cantos”.

No sabemos, cometí el error de nunca preguntárselo cómo fue su infancia y juventud, ni cómo se hizo comunista. Lo que sí sé es que fue militante de la Juventud Comunista (JUCO) durante varios años y que allí se formó su conciencia y su sensibilidad social, que lo llevaría a participar activamente en importantes momentos y acciones de lucha en Colombia desde finales de la década de 1950. Participó en 1957 en Cali en las jornadas contra los Pájaros y el dictador Rojas Pinilla que terminaron con el régimen militar. En Bogotá, en 1961 se encuentra entre los miembros más activos del grupo de personas sin vivienda que se toman unos lotes en el centro de la ciudad que van a dar origen al Barrio Policarpa Salavarrieta, a donde va a vivir varios años de su vida, y donde también enfrenta la sangrienta semana santa de 1966, cuando las fuerzas represivas del Estado pretenden expulsar violentamente a los ocupantes de esos terrenos, dejando varios muertos y heridos. Javier está allí presente en ese acontecimiento. También es protagonista de la toma de tierras en el sur de la ciudad en otro lugar, en donde va a surgir el barrio Las Colinas. En esos dos barrios tuve la ocasión de estar con él en diversas ocasiones, por allá en 1976, y él me presentó a varios de los compañeros de lucha y me contó con detalle cómo habían actuado para recuperar esos terrenos y para defenderlos.

Se vincula al Frente Unido de Camilo Torres en 1965 y se destaca por ser uno de los principales difusores del periódico que edita el sacerdote revolucionario. Javier tiene el mérito de ser uno de los fundadores del Teatro La Candelaria en 1966, en donde actúa en varias obras y permanece por unos dos años. Porque esta es otra faceta de nuestro dilecto amigo, la de ser actor de teatro, lector de dramaturgos como Bertolt Brecht. Siempre recitaba fragmentos de una obra en la que había participado, con un guion hecho a partir de un texto del poeta soviético Vladimir Mayakovski.

A comienzos de la década de 1970, Javier participa en forma directa en la lucha que se libra en los barrios del oriente de Bogotá contra la construcción de la Avenida de los Cerros (popularmente denominada como la “Avenida de los Serruchos”), que logra constituir un importante movimiento de pobladores urbanos de la capital.

A mediados de 1970 se traslada al actual Departamento de Arauca, donde interviene en diversos procesos de organización y de lucha, como el famoso paro agrario y cívico de 1975 en el Sarare. En ese territorio vive varios años, siempre ligado a las luchas agrarias, porque en ese tiempo Javier estuvo muy cercano a las movilizaciones impulsadas por la Asociación

Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), una organización que se movilizó en distintos lugares de la geografía colombiana.

En Arauca incluso llegó a tener un pedazo de tierra, pero tuvo que abandonarla años después ante las amenazas de muerte que recibió, que no se quedaron solamente en el papel, porque un compañero de nuestras luchas, el médico William Ospina Ramírez, a quien conocí personalmente, fue asesinado en Arauca el 19 de agosto de 1989, por paramilitares. Nunca más regresó a Arauca, pero siempre la evocaba con un sentimiento de añoranza por las luchas que allí se habían librado, especialmente el paro cívico de 1975.

En Bogotá en diversos momentos estuvo ligado con las movilizaciones y combates de los vendedores ambulantes y con las luchas de los trabajadores y trabajadoras, como sucedió en 1976 con su apoyo a las huelgas de Vanitex y de los bancarios, justo el escenario donde lo conocí.

Javier también estuvo ligado a las movilizaciones que se realizaron en defensa del Hospital de La Hortua, en donde en una ocasión fue brutalmente agredido por un escuadrón de la policía. Después del triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, Javier siempre manifestó su interés en conocer de cerca ese proceso, y participar activamente en el mismo, y por eso viajó hasta el vecino país, en donde vivió varios años, convirtiéndose en uno de los principales difusores de la Revolución Bolivariana.

2

Javier era un ejemplo práctico de compromiso, alegría y humildad. Vivía modestamente, sin pensar nunca en tener o acumular cosas. Tenía lo justo e indispensable. Nunca se quejó de esa situación, de esa opción vital que escogió con determinación y coraje. Así, vivía pleno y feliz, haciendo lo que más le gustaba hacer: involucrarse en cuanta marcha, movilización, protesta se presentara y en las que llevaba siempre consigo libros y periódicos que ofrecía a muy bajo precio, y que frecuentemente terminaba regalando.

Una constante de Javier, el rasgo más apreciado de su personalidad, era la alegría a flor de piel, sincera, mezclada con una dosis de humor, de sarcasmo, de ironía. Durante los 42 años que duró nuestra amistad solo lo vi de mal genio en una ocasión, provocada entre otras cosas por mí mismo. Recuerdo vivamente esa ocasión, porque después siempre se convirtió en motivo de risa entre nosotros dos. Por allá a comienzos de 1977, el sacerdote Saturnino Sepulveda Niño, amigo de Javier, compró una máquina offset de impresión, para sustituir a los viejos mimeógrafos y consideró que yo era la persona más adecuada para aprender a manejarla para imprimir textos revolucionarios y de izquierda. El primer texto encomendado fue el del médico William Ospina Ramírez, un folleto abstencionista que se titulaba algo así como *¿Por qué no votamos?*, que era en realidad una reedición de un texto publicado en 1966. El encargado de hacer los trámites de la edición en Bogotá fue Javier Ocampo, que era el contacto conmigo, que era supuestamente el responsable de la edición. Pero resulta que yo nunca aprendí a manejar bien esa dichosa máquina de offset, recién importada, y no entregué a tiempo el texto, y cuando lo terminé estaba tan mal impreso que daba vergüenza. Cuando Javier constató la tardanza y la mala calidad de la edición se puso de mal genio, como nunca lo había visto y jamás lo volví a ver así. Me dijo a mí que era un irresponsable, incumplido, que lo iba a hacer quedar mal con William y que era una gran falla que hubiera creído que yo podría sacar bien ese material y que se truncaban los planes de presentarlo en Arauca. Pero lo interesante es que luego a Javier le dio risa de su propio mal genio y me invitó a almorzar. Desde entonces, cada vez que podía yo le recordaba esa escena y reíamos a carcajadas. Nunca

más en más de cuatro décadas volví a ver algo parecido. Siempre, a pesar de todos los dolores, sufrimientos o malas noticias que giraron alrededor de Javier, él, dando una muestra de su convencimiento, estaba animado, alegre, dichoso. No era una alegría forzada o impostada; era auténtica, diáfana, que indicaba las ganas de vivir cada nuevo día con fortaleza, con ánimo, sin regalarle un minuto de tristeza al enemigo de clase, era un militante de la alegría. Y esa militancia nos contagiaba, nos sacaba de nuestro ensimismamiento y desolación, nos volvía a indicar la importancia de recuperar la alegría, el buen humor, la ironía y el sarcasmo, como formas válidas también de enfrentar la ignominia y la miseria de nuestro mundo. Javier era como uno de los personajes de Ernest Hemingway que “conoció la angustia y el dolor, pero nunca estuvo triste una mañana” o como decía Franz Kafka: “La alegría es mi deber diario”.

3

Los recuerdos fluyen pletóricos en momentos en que perdemos a un ser querido. Anoche no pude conciliar el sueño y por mi mente pasaban como en una película múltiples escenas en las que aparecían instantes vividos con Javier en distintas ocasiones.

Conocí a Javier en el año de 1976, cuando yo estaba recién graduado de bachillerato y por aquellos azares de la vida resulté en un lugar que, hoy lo puedo ver con claridad, cambiaría mi existencia. El sitio se llamaba ICIS (Instituto de Ciencias e Investigación Social), y era una institución privada dirigida por el sacerdote Saturnino Sepúlveda Niño. La sede era una gran casa, situada en donde hoy se encuentra el Parque del Tercer Milenio, y quedaba muy cerca al Cartucho, antes de que esta zona se degradara por completo. Allí fui a escuchar una conferencia o un debate político y termine involucrado en grupos de estudio y desplegando activismo político. Al lugar confluían diversos sectores políticos y gremiales y al comienzo de 1976 se vivía una gran efervescencia por diversas huelgas que se presentaban en la capital y en otros lugares del país, entre las cuales sobresalían las de Vanitex, los trabajadores bancarios y Riopaila. Todos los días yo iba a ese sitio desde tempranas horas de la mañana a ver las asambleas, reuniones y discusiones de los huelguistas. Fue en ese contexto donde conocí a Javier, junto a José Lenin Nicolás Santana Mora, quien sería asesinado el 4 de junio de ese año por una fracción de lunáticos del grupo Pedro León Arboleda, en ese mismo lugar, en la sede del ICIS.

Luego de este asesinato, que nos golpeó duramente tanto a Javier como a mí, todo el mundo se dispersó de ese lugar. Nadie volvió al mismo, salvo los dos: Javier y mi persona. Y allí se forjó esta larga amistad. Yo resulté acompañando a Javier en sus correrías por el centro de la ciudad, por librerías de izquierda –y por entonces había muchas en la ciudad– a llevar libros, periódicos y documentos. Y desde allí pude percibir la generosidad de Javier, quien me invitaba a almorzar y a tomar galgerias y a veces me regalaba dinero para el bus, pues yo andaba sin un peso en el bolsillo. Quiero recalcar, que un hecho trágico: la muerte violenta de un compañero de los dos se convirtió en el punto de partida de una perdurable amistad.

A Javier le debo mucho, como si fuera el padre que nunca tuve cerca. Tanto que muchos conocidos decían que él era mi padre, lo cual me enorgullece. De él aprendí su fortaleza, su constancia, su capacidad de lucha, su espíritu propagandístico, la tenacidad y sobre todo la alegría y el buen humor.

Algo que me enseñó Javier, sin discursos ni invocaciones, sino con la práctica cotidiana, fue su humildad y su bondad. Él encarnaba eso que podríamos llamar el principio de humildad, algo

tan necesario e imprescindible en nuestro tiempo, en un país asolado por la arrogancia, el arribismo y la lógica traqueta.

También le debo que haya sido el que me dio a conocer que existía un extraordinario cantante venezolano, llamado Alfredo Sadel, que es mi cantante predilecto. Con él en múltiples ocasiones escuchábamos y cantábamos los discos de Sadel, aunque en verdad yo prefería quedarme callado y escuchar en su melodiosa voz esos discos. Entre los hechos más memorables de mi existencia está la asistencia al concierto que Alfredo Sadel dio en la ciudad de Bogotá, en el auditorio León de Greiff de la Universidad Nacional, a donde asistimos y nos divertimos con Javier, y nos cantamos todas las canciones. Lo notable de ese encuentro es que ese fue el último concierto de Sadel, que moriría poco tiempo después.

Podría seguir evocando muchos otros recuerdos, pero solamente he querido dejar una semblanza, y un testimonio, de Javier Ocampo y de mi amistad con él. Concluyo diciendo que en el día de hoy, miércoles 22, tenía una cita con Javier, puesto que el sábado anterior en la tarde, hablé con él por última vez por teléfono, y ante su voz quebrada, que presagiaba lo peor, le prometí que hoy estaría en su casa, para visitarlo y saludarlo. No se pudo cumplir esa cita, pero hoy la cumplo aquí, dándole este postrer adiós en el cementerio, en su última morada.

Solo resta decir que Javier es el imprescindible de Bertolt Brecht, de esos seres que ya poco se dan en estos tiempos de miseria e indignidad: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”.

Este ser imprescindible ya nos hace mucha falta. Pero no estemos tristes, estemos alegres para rendirle el mejor tributo a Javier, y que nuestras lagrimas sean de felicidad por haber podido conocer a este extraordinario ser humano, tan opuesto a las lisonjas y las hipocresías. Hasta siempre compañero, hasta siempre camarada, ya formas parte del panteón de los grandes luchadores de nuestro país, de aquellos que resisten y sueñan con una Colombia digna y decente, de esa dignidad y la decencia que encarnaste como altivez y gallardía y que te hizo brillar con luz propia, con ese fuego “que llenaba el aire de chispas” y cuya llama nos encendía a todos y nos daba alientos y energía para seguir en la brega de la lucha.

Texto leído en el cementerio de Chapinero (Bogotá), el miércoles 22 de agosto de 2018 a las 3.30 de la tarde